



Luis Merino Reyes

Tres chilenos ausentes

formato y efectos terribles.

Massis poseía un anecdótico directo de su suegro, el poeta Pablo de Rokha, quien recorría Chile en ferrocarril, en vagones de 3ª clase, vendiendo cuadros y sus propios libros a los personajes más ajenos a la pasión literaria. Massis era un hombre atlético, todavía vigoroso, cuya muerte adelantada no habríamos imaginado nunca, a pesar del tono funerario de sus poemas. En 1988, viajó de Caracas a Santiago de Chile, por primera vez en diecisiete años, y nos obsequió su libro de poemas *Llanto del exiliado* que en su página 52, intuye: *"Si muero en Caracas, / simplemente de tristeza o de terror, / después de haber tragado tanto gas negro, / avisa a los mendigos / y que venga el león oscuro, el ángel vengador, / y traiga aquella sopa / agria / de los encuentros perdidos"*.

Otro ausente de estos días es el escultor Samuel Román Rojas, rancagüino, de 83 años, autor de más de dos mil obras, fundador de la Escuela de Canteros, becado en Alemania en tiempos de Hitler, con su nombre judío a cuestras, igual que Israel Rosa e Isafas Cabezon. Se ha recorda-

dado que fue autor del monumento a Balmaceda, de las educadoras Tarragó y Pinochet Lebrún, de don Enrique Molina en la Universidad de Concepción; de los bustos de los presidentes de Chile. Sus obras despertaban polémicas, en las cuales Román intervenía con un justo sentido de su dignidad. Era un hombre chiquitito, un chileno recio, dueño de la simpatía y de la agresividad del genio. Sus hijos le decían "maestro" y tenían razón, vivió transformando el granito y los metales inertes en forma resplandeciente.

El nombre civil de Lautaro Yankas, el otro viajero, era Manuel Soto Morales. Había nacido en Talca en 1902; fue profesor de dibujo en el Liceo de Aplicación y muy querido por sus alumnos. Su novela indigenista *El vado de la noche* fue premiada por la Unión de Universidades Latinoamericanas; en sus bellas páginas, el indio aparece en su justa expresión, ni exaltado ni vilipendiado. Murió sin que su país le diera todo lo que merecía; acaso no tuvo destreza para manejarse en el mundillo de la política literaria.

La muerte de un artista, de un poeta, de un escritor, tiene un doble significado. Es el caso de un amante, de un observador sin descanso de la vida, de alguien que desea ver y escarmentar algo que al héroe cotidiano no le está permitido. Y si ese poeta o ese artista es un amigo, alguien de nuestro tiempo, la sorpresa y el dolor son más hondos. Con el poeta Mahfud Massis veníamos alternando desde nuestra juventud, era un hombre vital, alguien cuya poesía podía remontar al uruguayo francés, Isidore Ducasse, el conde Lautréamont, pero con la diferencia de que los versos terribles de Massis iban dirigidos en contra de sí mismo. Esto era su literatura. Como ciudadano Massis era alegre y jovial. Juntos anduvimos con Benedicto Chuaqui en la formación del Círculo de Amigos de la Cultura Árabe que después se convirtió en el Inst. Chileno Árabe de Cultura, juntos escribimos algún retrato lapidario en su revista *Polémica*, de reducido